# Fuera de VALIJA

nº 99 **BUENA PUNTERIA** 15 Nobre 47

LEO la noticia en la prensa francesa de mediados de agosto; un grupo de españoles, en el que figuraban dos mujeres y varios niños, intentaba pasar la frontera de los Pirineos, huyendo del régimen franquista, para refugiarse en Francia, cuando fué descubierto por una patrulla de la guardia civil. Dispararon los guardias y una de las mujeres cayó muerta, en territorio español. Junto a ella, la guardia civil, al acercarse, pudo detener a su hijo, de diez años de edad.

Ninguna exclamación, ninguna imprecación, ninguna elegía, ningún llanto podrían aumentar el patetismo de esa noticia monda, escueta, periodística. El drama está condensado en esas líneas informativas, severas y perfectas. No se puede decir más con menos palabras. No se puede reducir una tragedia a menos prosa. No se puede extractar tanta sangre y tantas lágrimas en menos tinta de imprenta. Esas pocas líneas evocan admirablemente la escena formidable, en el paisaje grandioso de los Pirineos, frontera para gigantes; el grupo de españoles fugitivos, cansados, mal vestidos, mal alimentados, cargados con unos pobres sacos, arrastrando los pies reventados de caminar por atajos y cañadas... ¿De qué parte de España vienen estos españoles?... Las mujeres, más débiles, pero de alma más recia —mujeres sufridas de la sufrida España—, alientan a los chiquillos, que caen derrengados. "Unos pasos más, un esfuerzo más" les piden. Los hombres marchan silenciosos, anhelantes, agobiados. ¿Qué sufrimientos y hambres, qué persecusiones y martirios deja tras sí este grupo de pobres españoles vagamundos? Los árboles, las rocas, los valles, las cumbres, los regatos, los verdes y morados del paisaje pirenaico, y hasta el cielo intenso y teatral, tienen en el solemne atardecer una calma monstruosa. ¿Qué sociedad de presidio o de hospital, qué polvo de campo de concentración o de cementerio, llevan aun pegados a las suelas de sus rotos zapatos estos españoles que huyen de la patria? ¡Adelante! ¡Animo! No hay que desmayar. La fatigosa jornada va a tener próximo fin. Aquella alquería, aquel ribazo, es ya Francia. Aquello es ya la libertad...

..En ese momento, el guardia civil —ojo de lince, pulso de estatua— ve en la lejanía el grupo de los que se van. Corre, ataja, persigue, monta el cerrojo del máuser, se echa el arma al hombro, guiña el ojo, centra la mira, apunta, dispara. Es, en ese instante, la imagen perfecta del deber. ¡Pum! Una mujer del grupo, se encorva levemente, vacila, cae. El eco de las montañas imponentes repite, agrandada, la detonación, como una carraca funeral, como un viernes santo de la pasión y muerte de España. El grupo se dispersa, se pierde en los bastidores invisibles del profundo escenario geográfico. Un niño, entre sollozos, arrodillado, quiere devolver a su madre la vida que ha manado por aquel agujerito negro, redondo, insignificante, sangriento. Así cuando llega la patrulla puede hacer, por lo menos, un prisionero: un huérfano... Allí, en aquella arboleda, estaba la libertad.

Es formidable esta escena. Todo ha contribuído a hacer grandioso este acto tan sencillo de matar de un tiro a una madre. El máuser es, sin duda alguna, un arma prodigiosa, mágica. A mil, a dos mil metros, hay una madre con vida, una mujer española, que marcha ansiosamente hacia la libertad. Se aprieta un gatillo, y ya no hay más que un cadáver. Sobre la sangre, congoja de hijo, lágrimas de niño que en ese momento se hace hombre. Bueno ya para ser prisionero. Ese niño ha quedado sin madre, porque Franco reina en España. Esa madre ha muerto de un tiro, porque Franco salvó a España.

Ningún Movimiento Salvador, ninguna gran Cruzada Nacional ha tenido un final tan bello, un latiguillo tan estupendo, un remate tan glorioso y piramidal. Basta un disparo de un guardia. ¡Pam! Parece que no es nada. Y es la orfandad en vez del destierro; es la muerte en vez de la libertad; es el acta de defunción en vez del "récépissé"; es el cementerio de España en vez de los caminos de Francia.

Un régimen como el de Franco debiera crear —ha creado en secreto, sin duda— una laureada para el guardia que mate a una madre. La cosa no es tan fácil. Hay que tener buen ojo, buen pulso, buena puntería. Como se dice entre hombres —entre ciertos hombres—, hay que tener corazón, hay que ser hombre. Tirar a una madre, no es como tirar a una liebre, ni a una codorniz, ni siquiera a un pichón. La época de Alfonso XIII fué la del tiro de pichón. Aquel regio espectáculo era apasionante, aristocrático y denodado. Inolvidable estampa de intrépidos y de valor viril. En una cajita, en medio del campo, estaba metido el pichón. Don Alfonso preparaba la escopeta de dos cañones. Se apretaba un resorte. Se abría la cajita. El pichón se creía libre, en aquel inmenso azul del cielo; volaba hacia el infinito. Don Alfonso, serenamente, se echaba entonces la escopeta a la cara. ¡Pim! ¡Pam! La avecica hacía en el aire una última pirueta y caía a tierra casi vertical. Don Alfonso retiraba luego, merecido galardón, una copa de plata. Mas pasó ya la alfonsina época del tiro de pichón, la de Franco es la época de tiro a la madre. Se cazan madres como antes pichones. Se las caza cuando se creen ya en libertad. A madre que huye, bala de plomo. Un tiro de máuser en el corazón de una madre que marcha hacia el destierro resuelve de una vez muchos problemas. Franco cubre la frontera de uniformados hombres con máuser. Buen ojo y buen pulso. Las familias peregrinas huyen del Imperio, huyen con su cántaro y sus hatillos a cuestas, con los chiquillos hambrientos y cansados, con los hombres tristes y vencidos, con las mujeres rendidas y asustadas. Una madre española es algo sublime. Bien merece, pues, cuando llega a la frontera, un tiro en el corazón. El guardia que mate a más madres debe ascender. El que mate a una mujer embarazada debera recibir de Franco una recompensa especial, lo mismo que el que mate a una madre que esté dando el pecho a un crío. El mérito del disparo —¡magnífica diana!— está en relación inversa a los años del huérfano. Ese hijo de diez años que llora sobre el cadáver de la madre caída en su peregrinación a Francia, da un valor extraordinario al certero disparo del máuser. Pero si el hijo, en vez de diez años, fuera de diez meses, y tuviera su boca pegada al pezón maternal, entonces habría de considerarse el mayor mérito del disparo imperial. Un disparo en el corazón de una madre es el símbolo del franquismo. No hay que errar el tiro. En el corazón o en la sien. El guardia podrá cuadrarse ante el generalísimo que pasa, con las manos ensangrentadas, entre su abigarrada y pintoresca escolta mora. Pero ante una madre que huye, ante una pobre mujer de España, carne y sangre y alma de nuestro pueblo, ante una pobre y humilde dolorosa española camino del destierro, el guardia afina la puntería y la bala del máuser traza, espléndida, rutilante, su rúbrica mortal. A Franco, monstruo sin madre, le corresponde el honor de este tiro de precisión a la madre. Con laureada pensionada —debemos creer— para el mejor tirador, para el más certero cazador de madres españolas en la linde esperanzadora del destierro.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2G/1288